

UNA SÁTIRA BURLESCA E INCLEMENTE DEL ORBE EDUCATIVO FRANQUISTA¹

A burlesque and inclement satire on the educational sphere in the Franco's Dictatorship

Raimundo CUESTA
Fedecaria-Salamanca
Correo-e: raicuestaz@gmail.com

Recepción: 2 de octubre de 2017
Envío a informantes: 8 de octubre de 2017
Aceptación definitiva: 10 de noviembre de 2017

RESUMEN: Este trabajo comenta la novela *El orden de las cosas*, de Guillermo Castán, que narra el régimen represivo imperante dentro de las aulas de las escuelas de los padres escolapios y en el seno de otros espacios del mundo institucional de la dictadura franquista. Al escrutinio y juicio sobre los méritos de este producto literario, se añade una positiva consideración acerca de la importancia del mismo para conocer, por vía burlesca, lo que fue la educación española durante mucho tiempo, especialmente en algunos colegios religiosos católicos. Se une, pues, la crítica literaria con la glosa de la circunstancia histórica que gobernó la educación durante ese momento.

PALABRAS CLAVE: memoria de la educación; Escuelas Pías; Dictadura de Franco; violencia en las aulas.

ABSTRACT: This paper is a review of Guillermo Castán's novel *El orden de las cosas* [*The Order of Things*], which narrates the repressive regime that prevailed in Piarists' classrooms and in other institutional spheres under Franco's Dictatorship in Spain. The paper intends to offer: 1) an assessment of the novel's literary qualities, and 2) a favorable view of the novel's sociological value as a tool to better understand, through its burlesque approach, the Spanish education system, particularly in some Catholic religious schools, in the 1950s and 1960s.

KEY WORDS: memory of education; Pious Schools (Piarists); Franco's Dictatorship; violence in the classroom.

¹ Este texto se escribió con motivo de la presentación de la novela de Guillermo Castán Lanasa *El orden de las cosas* (Madrid: Vision Libros, 2017), que tuvo lugar el 26 de septiembre de 2017 en la librería Letras Corsarias de Salamanca.

1. De las dificultades e inconvenientes de presentar la obra de un amigo

CONOZCO A GUILLERMO CASTÁN desde nuestros años mozos en la universidad del tardofranquismo y luego he frecuentado su trato durante más tres décadas como colega docente en el Instituto Fray Luis de León de Salamanca. Tan luenga relación y profunda amistad no suelen ser garantía de ecuanimidad ni tampoco de conocimiento de las entretelas del «otro». Desde luego, el combate entre el exceso de afecto y el prurito de celo crítico en el que cualquier comentarista de obras ajenas puede llegar a incurrir ocasiona a veces consecuencias devastadoras en amistades cuajadas durante mucho tiempo. Espero que no sea este el caso. Asumo, pues, el riesgo y acogiéndome a la benevolencia del autor y a la suma gentileza de la concurrencia, apelaré al obligado rigor y autonomía de juicio que se ha de sostener en cualquier comparecencia pública como esta que nos proporciona la generosa hospitalidad de la librería *Letras Corsarias* de Salamanca.

Tengo que confesar que la novela de Guillermo es, al mismo tiempo, una fuente de sorpresas y también una prueba que confirma alguna de mis intuiciones sobre la condición y personalidad de su autor. Sorpresa, en cierto modo, porque nadie podría siquiera imaginar que el hombre más ordenado del mundo sea capaz de facturar un producto literario explosivo, irreverente y corrosivo contra el orden (y, creo yo, que no solo contra el vigente en el franquismo). Nada puede extrañar, sin embargo, que un riguroso medievalista y un ser de profundas y graníticas convicciones de izquierda en su primera novela troquele sus palabras cual espadas destructivas y las blanda contra las instituciones (escuela, ejército, policía, etc.) de la época franquista, que tan de cerca conocimos y padecimos. Sin embargo, desde el primer momento llama la atención la acidez de un estilete crítico-burlesco que convierte su prosa en una suerte de ejercicio literario de venganza retrospectiva. Se ejercita, pues, un escarnio superlativo que a menudo se deja llevar por un canon interpretativo que solo se me ocurre tildar de «dionisiaco», porque el torrente de palabras derramadas por el autor posee algo de embriaguez y exaltación de la vida frente a los agentes coactivos al servicio del «orden natural» de las cosas. Todo ello bañado en las aguas de un tono inclemente y carnavalesco, en ocasiones incluso procaz y escatológico.

En efecto, su narración es una acerba y esperpéntica parodia de las fuerzas del orden (del moral y del otro). Leyendo algunos pasajes del libro no pude dejar de traer a la memoria los episodios festivos y de celebración entre nuestros amigos más íntimos, en los que Guillermo exhibía unas magníficas dotes de caricaturista ridiculizando con suma gracia y facundia sin parangón el orden institucional y sus miserables encarnaduras humanas.

Tirando de esa veta, su novela me ratifica en esa porción más oculta, si se quiere, más subyacente, de un Guillermo ácido y dinamitero que emplea el exceso histriónico a modo de arma crítica, como carcajada homérica que se arroja como un dardo envenenado sobre los mortales detentadores del poder. Si bien se piensa, parafraseando al Nietzsche de *Así habló Zaratustra*, «uno por uno acaban siendo dos. Yo y mí están constantemente dialogando con apasionamiento». Sin duda, el espacio del yo es un campo de fuerzas dentro del que operan permanentemente fluidas contradicciones. Conocerse a sí mismo, como sugería Pessoa, es una tarea imposible y también lo es, añadido yo, pretender convertir a otro ser humano en una entidad perfectamente objetivable, porque el perspectivismo es la única mirada que comprende los múltiples

puntos de vista. Y en cuanto al sí mismo, en efecto, uno por uno acaban siendo dos: el amante del orden y su contraparte.

Sin olvidar esto, quizá convenga aquí decir que las resonancias dionisiacas que percibo no son una mera ocurrencia mía ni tampoco una simple inferencia tomada a partir de saber que mi amigo ha sido un viejo lector, casi clandestino, de Nietzsche. Están presentes, más bien, en la comprobación de que el discurso crítico que atraviesa todo el texto transcurre como una crítica radical, no sé si del todo consciente y con todas las consecuencias, del orbe civilizador occidental y de su limitada racionalidad. La trama argumentativa de su crítica del franquismo, por consiguiente, creo que, en algunos aspectos, rebasa los límites de un régimen político concreto y muestra las vergüenzas de un modelo social más amplio. Así, la sátira jocosa de la coacción disciplinaria tiene la implícita contrafigura del freudiano principio de placer. Ya Freud en *El malestar en la cultura* (1930) aderezó un diagnóstico genial y demoledor de los fundamentos represivos de la sociedad burguesa, aunque él mismo fuera un representante genuino de ese mundo y no viera necesidad de mutar sus fundamentos. Lo dicho: el caminante y su sombra no dejan de interpelarse. Ambos son inseparables.

Al fin y a la postre, el autor-amigo ha entendido su libro como una especie de liberación, una catarsis en clave burlesca, de sus experiencias biográficas. Las vivencias infantiles y juveniles, en efecto, median toda esta ficción literaria y en el mismo lenguaje, plagado de un copioso y fértil bagaje de aragonesismos, se muestra este apego añorante a la tierra sobre la que en su día fue aprendiendo a dar nombre al mundo circundante: «El camueso se ha rinchado» (p. 81), «no seas coscón, cómete estos esmurcios» (p. 21), por citar algunos. El lenguaje de la novela, además, expresa ese recóndito lugar materno de su niñez jacetana.

2. La trama de una novela compuesta de retratos mordaces y estampas sórdidas

La novela de Guillermo se compone, en realidad, de una galería de retratos personales (padres escolapios, escolares, universitarios, represaliados, policías, militares y algunos otros agentes del poder franquista) y de estampas del pasado entre la posguerra y los amenes de la dictadura, hilvanadas a través de dos personajes centrales, Mario Puente, el militante comunista, y Lisardo, el policía exalumno escolapio. Este último, junto al narrador en tercera persona, es como el doble que recuerda e hila el relato a través de un remolino de situaciones simultáneamente hilarantes y terribles, que se sitúan en tres espacios principales y recurrentes: las instituciones escolapias (especialmente el colegio de Jaca), la comisaría de policía en Zaragoza y la misión amazónica de los seguidores de San José de Calasanz. Sobre toda esa red espacial se articula un haz de relatos particulares que se ilustran con noticias y narraciones de situaciones históricas esclarecedoras de los momentos claves de la evolución de la dictadura: la posguerra más violenta, la adaptación tecnocrática y el último repliegue represivo del tardofranquismo. Personajes, situaciones, referencias históricas que nos ayudan a comprender la lógica caótica y bárbara de la dictadura y los subsiguientes procesos de metamorfosis personal y social que más tarde estuvieron, a modo de cemento sociológico, en la base de la transición al hoy llamado por algunos «régimen del 78».

En realidad, el tema capital y recurrente de esta obra es la denuncia, en clave de lirante y cómica, de la brutal violencia física y psíquica desplegada por la dictadura,

insistiendo, a modo de tesis principal, en la dialéctica verdugo-víctima, que comporta que esos papeles, en contextos distintos y situaciones diversas, puedan intercambiarse. Así, Lisardo, el policía torturador, practicante de una panoplia de sevicias contra los opositores al régimen reproduce, en cierto modo, las que él mismo sufriera en su infancia jacetana por parte de su padre, un suboficial devoto de Baco. Esa dialéctica es la misma que se trata de inculcar en las pías escuelas de la época, motivo central, junto a las comisarías de policía, de la narración de Castán. Valga la cita siguiente como muestra, a modo de síntesis, de la tesis mantenida en la novela.

La pedagogía de guerra convierte a los niños en colaboracionistas, a las víctimas en ocasionales verdugos, papel que todos pueden jugar si estudian, si se esfuerzan, si obedecen. Y no hay nada que satisfaga más rápidamente a un humillado que la posibilidad de humillar, aunque esta posibilidad sea una graciosa concesión temporal de la autoridad. Obedecer y ser obedecido, pegar y recibir, estar arriba y estar abajo, todo simultáneamente, todo claro, todo en perfecta armonía con la naturaleza, todo en orden. Saberse conformar (p. 74).

España, tras la guerra civil, era un solar siniestro hundido en un abismo de miedo, odio y delación. Hasta 1948 no desapareció el estado de guerra y los campos de concentración, las cárceles, los trabajos forzados, las ejecuciones (que ascendieron a 50.000) estaban al orden del día. A la represión en «caliente» de la guerra (algunas de esas ignominias se pintan en la novela como aguafuerte goyescos) siguió una monumental cacería de desafectos que contribuyó, una vez terminada su mayor virulencia, a dejar un poso de terror paralizante. Esos ecos del amedrentamiento llegaron perfectamente a las generaciones, como la del autor, nacidas en la década los cincuenta, años después de la terminación de la contienda civil. El pozo oscuro y duradero de la violencia desnuda es lo que Guillermo Castán denuncia a través de la reelaboración intempestiva de su experiencia como alumno de los escolapios, muy lejos de la actual pedagogía «blanda» con la que hoy las órdenes religiosas parecen querer borrar las indeseables huellas del pasado. *In illo tempore*, en cambio, reinaban las artes marciales del Padre Agustín o las del Padre Merluza. Veamos.

A diferencia del P. Agustín, cuyas manos eran delgadas y largas por lo que, en consecuencia, sus bofetadas eran como latigazos que dejaban la cara rusiente, el P. Jesús tenía unas manos más cortas y más gruesas, de modo que sus bofetones eran como coces de mula pirenaica que te dejaban baldao. El Padre Merluza se había ganado una merecida fama de tipo duro e implacable al que le gusta zurrar la badana y por eso no dejaba pasar una, el justo modelo de maestro que la Congregación prefería esos años en que había que reconstruir España... (p. 84).

En verdad, eran años de «reconstrucción» y momentos de inmisericorde terapia de choque dentro un proceso largo de transición de la dictadura de azules imperiales a la dictadura de los tecnócratas *Dei*. De oca a oca y tiro porque me toca. Ciertamente, la novela verifica la vida escolar entre finales de los cuarenta (1948) y la década siguiente, los años durante los que el franquismo, gladiador de la guerra fría, principia a abrirse a otros horizontes. Como es sabido, los cambios de la dictadura siempre tuvieron un carácter marcadamente lampedusiano, porque, como es fama, aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

3. *El orden de las cosas y los modos de educación en la España franquista*

Por mi especialización investigadora en historia de la educación me toca ahora apuntar algunas ideas que puedan servir para enmarcar las coordenadas dentro de las que se sitúa la parte en la que esta novela trata de asuntos de enseñanza.

En primer lugar, el relato se inscribe en lo que he llamado transición entre el modo de educación tradicional-elitista y el modo de educación tecnocrático de masas, que en los países más avanzados de Occidente se produce tras la Segunda Guerra Mundial y que en España no se verifica hasta los años sesenta. Sin duda, el franquismo tuvo algo de anomalía (y de retraso) en esta lógica evolutiva, pero no permaneció ajena a ella.

El telón de fondo de la educación española que acompaña a esta novela fueron la Ley de Bachillerato de 1938, la de ordenación de la Universidad de 1943, la de Primaria de 1945 y, finalmente, la nueva ordenación de la Enseñanza Media en 1953. En fin, una política educativa hasta muy entrados los años sesenta que se caracterizó por un tenaz abandono de la educación estatal básica, una descarada entrega de la educación media a los colegios privados confesionales y una selección del alumnado superlativamente elitista y todo ello impregnado de un marcado y nauseabundo tinte nacional-católico. Habrá que esperar a los sesenta, la «década prodigiosa», para que, a impulso de cambios estructurales de la sociedad española, la educación empiece esa «revolución silenciosa» (e impremeditada) que irá conduciendo a la escolarización de masas inspirada en una lógica más tecnocrática y economicista y menos fascizante. Ese devenir se verá coronado por la Ley General de Educación de 1970, que en la novela aparece, merced a la disparada imaginación del autor, como una imitación de la «reforma Parrilla», esto es, como secuela y recuelo de las pautas de una surrealista transformación de la policía según criterios psicopedagógicos inspirados en el círculo familiar más cercano del ministro del ramo (su esposa Mita, pedagoga, y su hija Cuca, psicóloga, con las bendiciones de la Galino, «monja pedagoga»).

Bernués [inspector de policía], que no pudo liberarse de las garras de los psicopedagogos, encabezó un medio motín que no le salió caro por ser la autoridad profesional. Hombre, que no nos vamos a cargar al Inspector por una bobada, dijo el Comisario al Subdirector General de Formación, un falangista pedagogo de la escuela de Galino, que se había tomado muy a pecho la reforma (p. 246).

[...] Tiempo después, el propio Villar Palasí agradeció a Parrilla en una escueta nota la claridad de ideas que el debate sobre la reforma de la policía había dejado en la mente y en el cuaderno de su mano derecha [la «Galino, monja pedagoga abierta a la Psicología»], de modo que en realidad las bases de la reforma educativa, con dos o tres matizaciones y alguna precisión, ya estaban elaboradas. El Libro Blanco de la reforma educativa fue un calco... (pp. 282-283).

Tras el libérrimo disparate del autor, autorizado por la naturaleza ficcional de todo el relato, se vislumbra, no obstante, un fenómeno ascendente en el franquismo trasvestido en tecnocracia, a saber, el triunfo de la razón tecnicista alentada por las pedagogías de carácter eficientista que ya, después de la Segunda Guerra Mundial, era la verdad hegemónica manejada por las instituciones internacionales tales como la OCDE, la UNESCO, el Banco Mundial, etc., creadoras de un discurso unificado y transcultural sobre las bondades de la escuela.

En segundo lugar, abordaré algunas consideraciones sobre la orden de los Escolapios. Fue fundada por el oscense José de Calasanz Gastón en 1597 y se instala en España en 1677, alcanzando su mayor esplendor, tras la expulsión de los jesuitas, sus adversarios más competitivos, entre la segunda mitad del XVIII y la primera mitad del XIX. Curiosamente, los escolapios se salvaron en el siglo XIX de las excomuniones dictadas por los liberales a otras familias frailunas, y ello tuvo que ver con que el Estado consideró indispensables sus escuelas gratuitas, transformándolas en una suerte de educación pública al servicio del Estado. Esa situación acabó con la Ley de Congregaciones Religiosas de 1933. Tras la guerra civil, en la que sufrieron un 20% de bajas (en 1931 se contaban 1.035 escolapios) por la violencia desatada en la retaguardia republicana y por otras causas, recuperaron su presencia y llegaron a ser una de las órdenes que se benefició de la política privatizadora de las autoridades franquistas (en 2014 tenían en España 68 colegios). Durante este auge y nueva expansión bajo la dictadura se produjeron dos cambios muy sustanciales: en primer lugar, los colegios progresivamente se inclinaron hacia la enseñanza media de pago y, en segundo término, sus profesores cada vez en mayor número y proporción dejaron de ser clérigos de la orden, abriéndose así de par en par las puertas docentes a los seglares. Dos aspectos, en suma, que negaban y desvirtuaban el prístino carácter de la Orden y la letra y el espíritu de sus añejas Constituciones.

Por lo demás, la educación escolapia no es más que una readaptación de la tradición jesuítica en cuanto al orden de estudios y organización interna de la enseñanza. Se regían por la *Ratio studiorum pro extris*, que, incluida en las Constituciones de 1698, exponía un método de organización y de enseñanza basado en el ideal de uniformidad y eficacia: «Manténgase en todas las escuelas la misma doctrina y el mismo modo de enseñarla [...] en todas las clases aplíquese la misma disciplina, los mismos ejercicios y de la misma manera [...] sean los aquí indicados los libros que, en todas partes, estudien los escolares procurándose los el rector y para que tanto los niños como sus padres aprendan la virtud» (Faubell, 1987: 226). Las principales diferencias con los jesuitas estribaban en un modelo educativo más «popular», menos aristocratizante, que convierte a los escolapios en adelantados de su tiempo. Como es bien sabido, en gran parte, los primeros reglamentos escolares del siglo XIX se inspiraron en los escolapios y su importancia en la escuela moderna está fuera de toda duda (Varela y Álvarez Uría, 1991: 304).

Dicho esto, en lo tocante a la historia de las órdenes religiosas, es más que frecuente toparse con autores que enarbolan, a modo de bandera de facción, una interpretación apologética de sus colegas. Como muestra valga un botón: «La formación cristiana que se impartía en las Escuelas Pías no era rutinaria ni de cumplimiento de obligaciones, se procuraba que los niños aceptaran unas verdades y unas prácticas por convencimiento, porque así su vida sería cristiana, honrada y honesta» (Florensa, 2016: 28). Y esto lo dice un padre escolapio catalán (que catalaniza los apellidos del santo oscense: Calassanç Gastó)² metido a historiador y autor de una recopilación de textos sobre educación del fundador, cuya sola lectura justamente demuestran lo contrario de esa beatífica consideración *por domo sua* del pasado de las Escuelas Pías. Dice un fragmento de su antología:

² El 23 de septiembre de 2017 *El País* recogía, con motivo del referéndum celebrado en Cataluña el domingo 1 de octubre, el llamamiento de los padres escolapios catalanes a la resistencia contra el Estado y contra los tribunales de justicia. Siempre al lado del pueblo, o sea, la teoría de las dos orillas del inefable Padre Marcelino de la novela (véase texto del anexo).

Se ordena que no lleven azotes cuando acompañen [en filas para ir a misa] ni den bofetadas a los escolares por la calle, ni les tiren de los cabellos o las orejas, sino que manden apuntar a los decuriones los que no van bien. *Declaración sobre Constituciones, Reglas y Ritos comunes*, 1637, citado por J. Florensa Parés (2016: 128-129).

Los azotes se guardaban para el interior de la aula y los decuriones eran los alumnos en «servicios especiales» (controlar a sus colegas). Toda la reglamentación histórica escolapia mantiene como fundamento la uniformización de la enseñanza, la disciplina ciega y la represión del deseo.

Desde luego, la novela de Guillermo Castán se navega por latitudes totalmente contrarias a la lectura internalista y gremial del Padre Florensa. Castán denuncia el más que sabido abuso de fuerza reiteradamente practicado por los colegios confesionales en la España de Franco.

Junto a la violencia física en la narración hay otro tema omnipresente: la patológica obsesión sexual, faceta en la que el autor alcanza cimas literarias de fuerza imaginativa, de jocosidad desbordante y de descripción salaz. Ciertamente, ya en la historia de la Orden pía la pureza se trataba de salvaguardar a cualquier precio y mediante recomendaciones como las que escribía el padre Felipe Scío, eminente pedagogo y bibliista insigne, en su afamado *Método uniforme para las Escuelas* (1780).

Y antes de acostarse, ármese con la señal de la cruz. Y, si puede haberla a mano, rocíese a sí mismo con agua bendita, según el espíritu de la Iglesia. Haga examen de conciencia y dé gracias. Acuéstese con mucha decencia y nunca esté en la cama sino de uno de los dos lados con las manos acomodadas sobre el pecho, sin dormir jamás con la cabeza y la respiración cubierta, que es muy dañoso, y, sobre todo, acuéstese siempre, como que puede morir aquella noche.

Entre los abundantes y desternillantes episodios sobre esta materia, el relato, en un momento dado, se para en el *Plan Especial de Primavera*, ideado por el Padre Santiago para combatir la excitación libidinosa que se despertaba entre los miembros de la Orden a consecuencia de la irrupción primaveral. Eran, según se cuenta en la novela, tres las medidas recomendadas: coser los bolsillos de la sotana, dormir con los brazos extendidos agarrando los laterales de la cama y tomar «santiaguinas». Consistían estas últimas en una mezcla de pimienta, chile, guindilla y tabasco que ocasionan, al decir del narrador, una «transferencia de la erección de miembro a miembro» (p. 161), desplazando los ardores y erección del pene a la lengua, que así quedaba abrasada y rígida. Las «santiguinas», añade la pluma de Castán, solo fueron sustituidas cuando los taimados químicos jesuitas descubrieron el bromuro.

Otros muchos pasajes de esta obra merecerían lectura y comentario, como los que se citan en anexo. El tiempo disponible, me temo, niega tal posibilidad.

4. Recomendación de una obra «gravemente peligrosa»

Quienes tenemos ya una cierta edad recordamos perfectamente cómo durante nuestra infancia y adolescencia en los tablones de anuncios de las iglesias figuraba la calificación moral que merecía a la autoridad eclesíástica las películas de ese invento infernal del cinematógrafo que se proyectaban en cada localidad. De 3 para arriba eran solo para mayores, pero las 3R, «mayores con reparos», conseguían un potencial pecaminoso superior e incluso, el colmo de los colmos, había algunas que llegaban a

la máxima nota de obscenidad, un 4 que las acreditaba como «gravemente peligrosas». Estas últimas (por ejemplo, *Gilda* o *La gata sobre el tejado de zinc*), que eran las mejores, se beneficiaban de los misterios y sueños que inflamaban nuestra juvenil imaginación ya de por sí calenturienta. La novela de Guillermo Castán merecería ese 4 reservado a las «gravemente peligrosas», a las que alcanzaban la cima de la lascivia y eran objeto del deseo de todos nosotros.

Por mi parte, mi función de presentador también conlleva la obligación de poner algún reparo a esta novela-surtidor de múltiples retratos y situaciones de un barroquismo cómico desatado y a veces soez. Recientemente releía *Cien años de soledad* y disfrutaba más que nunca del exuberante repertorio creativo de su autor, pero sentía que la fantástica proliferación mágica de su texto debilitaba el interés dramático de la narración. Salvando las distancias, las comparaciones nunca fueron buenas, algo parecido me ha sucedido al sumergirme dos veces en el texto de Guillermo Castán. También aquí los árboles de los deslumbrantes e intemperantes retratos y escenas particulares rebajan en parte la necesaria tensión dramática que ha de exigirse al bosque narrativo. Es como si el autor, arrastrado por el placer de la escritura, se mostrara preso de una embriaguez literaria cuyo diluvio de palabras le envuelven como un torbellino que engulle la secuencia del conjunto narrativo en brillantes fragmentos autosuficientes. Por añadidura, uno de los temas más difíciles de esta novela es la de compatibilizar un discurso crítico de tintes nihilistas con una ética de la resistencia como la que muestra Mario Puente, el militante comunista. El amoralismo de la crítica se conjuga mal con el moralismo de dar lecciones. En eso Guillermo es nietzscheano solo a medias.

Todavía hoy en España la memoria de ayer a menudo se valora como piedra en el zapato para la supervivencia de un nuevo orden del 78, levantado sobre una desatención de la ruina moral que imperó en la dictadura de Franco. Frente a esto, *El orden de las cosas* constituye un alegato sin pelos en la lengua contra una sociedad atravesada por la violencia fascistoide y androcéntrica (el padre en la casa, los maestros en las escuelas, los policías en la calle y, allá arriba, en los cielos del poder, aquel jupiterino taimado dictador que no dejó de firmar penas de muerte casi hasta el final de sus días). El libro que comentamos es un ejercicio de memoria reivindicativa y pedagógica frente a los muchos y cotidianos borrados del pasado. Una vez leído, se me ocurre una pregunta: ¿sería aleccionador que en los colegios privados confesionales de hoy se mostrara cómo se enseñaba ayer dentro de los mismos muros?

Pero, por encima de todo, debo y quiero recomendar la lectura y la compra de esta obra autoeditada (sustentada en el mucho ingenio de su autor y en su poco capital dinerario), porque esta novela asegura al lector o lectora entretenimiento, diversión y el gozo de una prosa a menudo brillante y de una imaginación desbordante y disparatada. Por añadidura, todo el conjunto se halla salpimentado de un ejercicio de crítica y de historia en clave carnavalesca. Lo dicho, Guillermo merece un 4, su novela es «gravemente peligrosa», o sea, moral, estética y políticamente muy aconsejable. Entren y lean. Gracias.

Anexo de fragmentos de la novela López Ibor y la *vanidad del misionero*

Cuando con ocasión de un retiro espiritual en el seminario, a propuesta del ministro del interior, López Ibor, que había cometido el error juvenil de hacer algunas

afirmaciones superfluas pasó una larga temporada con ellos, se inspiró en Mosén Preciso para definir una nueva patología todavía no descrita en los manuales al uso y que, plásticamente, denominó *vanidad del misionero* [...] [el sujeto cree] estar por encima de los demás debido a la sobrevaloración que le merece su propia actividad... (pp. 170-171).

Las dos orillas del P. Marcelino, provincial de manga ancha contra el monolitismo

Marcelino [el provincial de los escolapios] queraunofóbico, seráfico prefirió [antes que ir al frente] rezar y pensar y antes de terminar la guerra ya había desarrollado su teoría de las *dos orillas*, su teoría de que hay que tener un pie en cada orilla, de que hay que tener amigos hasta en el infierno, de que no se pueden poner todos los huevos en la misma cesta [...]. Cuando poco después de la Victoria fue nombrado Provincial puso en marcha su plan... La primera decisión fue, aprovechando la avalancha de vocaciones que se desató en la posguerra, no ser muy quisquilloso en la selección de candidatos, tener manga ancha, evitar el monolitismo. Y así es como en la provincia de España convivían desde mediados de los cuarenta frailes falangistas, de diversas sensibilidades, y frailes tradicionalistas; a finales de esa década ya había varios monárquicos, incluso algunos declaradamente juanistas, de manera que se pudo empezar a pescar en todas las aguas (p. 386).

Los misterios de la virginidad de la Virgen en la misión amazónica

Y lo que más nos duele a los curas, cuidado con lo que dices de María, pues como si, quiera insinúes que es virgen se doblan de risa. No, aquí Agustín [en la misión] no existe el concepto de virginidad, les parece totalmente superfluo. No te digo nada si les hablas de la Ascensión o la Asunción [...]. Y al pobre San José ni nombrarlo, nadie concibe que no tuviera relaciones con su mujer y que aquella no tuviera muchos más hijos, como ocurre aquí con sus indias. Así que las charlas se reducen a cuatro nociones del Antiguo Testamento y a la figura de Jesús, que al fin y al cabo es la figura central de nuestra fe (p. 346).

Bibliografía

- CUESTA FERNÁNDEZ, Raimundo (1997) *El código disciplinar de la Historia. Tradiciones, discursos y prácticas sociales de la educación histórica en España (siglos XVIII-XX)*. Tesis doctoral. Universidad de Salamanca.
- FAUBELL ZAPATA, Vicente (1987) *Acción educativa de los Escolapios en España (1733-1845)*. Madrid: Fundación Santa María/SM.
- FLORENSA PARÉS, Joan (2016) «Introducción y recopilación» de *Textos sobre educación de José de Calasanz*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- VARELA, Julia y ÁLVAREZ-URÍA, Fernando (1991) *Arqueología de la escuela*. Madrid: La Piqueta.

